POR JOSÉ CARLOS RODRÍGUEZ

A LOS 20 AÑOS DE LA MUERTE DE MILTON FRIEDMAN



DISENSO
FUNDACIÓN

Durante la Comisión Gates, en plena era de la guerra de Vietnam, el general William Westmoreland (un apellido que por sí solo cuenta parte de la historia de los Estados Unidos) se opuso a tener un ejército de profesionales voluntarios. Westmoreland, jefe del Estado Mayor, defendía la conscripción que se imponía en el país desde 1940. «No quiero tener un ejército de mercenarios», dijo. Entonces, un veterano profesor de economía de la Universidad de Chicago, un judío de pequeña estatura y una vivaz mirada tras unas grandes gafas, le respondió: «General, ¿preferiría mandar un ejército de esclavos?». Era Milton Friedman.

La temperatura de la sala debió de bajar un par de grados. El general reaccionó sin ocultar su enojo: «No me gusta oír que se llama esclavos a nuestros reclutas patriotas». «A mí no me gusta oír que se llame mercenarios a nuestros voluntarios patriotas». El silencio absorto del general lo rompió Friedman añadiendo: «Si ellos son mercenarios, entonces yo, señor, soy un profesor mercenario, y usted, señor, es un general mercenario; nos atienden médicos mercenarios, recurrimos a abogados mercenarios y compramos la carne a un carnicero mercenario».

Esta anécdota da una idea muy clara de quién era Milton Friedman. Poseía una capacidad pocas veces igualada en los debates de carácter ideológico. Otros profesores de economía, periodistas, estudiantes, políticos... muchos quisieron poner a prueba la consistencia de sus ideas y él nunca terminaba un debate sin una sensación de victoria y sin una sonrisa.

Esa vis periodística, o de promoción de sus ideas, lo convirtió en uno de los mayores defensores de una sociedad libre en el siglo XX. Sus columnas en Newsweek fueron leídas por millones de estadounidenses, mientras que sus libros Capitalismo y libertad y Libertad de elegir fueron auténticos superventas. Esta última obra, además, estaba acompañada por una serie de vídeos que se proyectaron en medio mundo. También en España, donde la derecha de entonces (UCD) no le tenía el repelús a las ideas que ahora muestra el PP.

Friedman, por otro lado, no respondía a la imagen de economista que solo sabe de lo suyo. Sin tener la profundidad intelectual de su amigo Hayek, tenía una concepción amplia de la libertad. Entre sus libros favoritos en el ámbito de la no ficción estaban las Lectures on the Relation between Law and Public Opinion in England during the Nineteenth Century de Albert Venn Dicey. El eximio jurista inglés explicó en ellas cómo la opinión se fue filtrando en las ideas sobre cuál es la naturaleza y la función del derecho; y acabó dando cobertura legal y política al estado del bienestar.

En el primer capítulo de Capitalismo y libertad mostró que la libertad política y la económica estaban estrechamente unidas. Parte de la libertad del individuo o de la familia como «nuestro objetivo último a la hora de juzgar las instituciones sociales», un criterio que hoy apenas oímos mencionar a los políticos. Describe entonces cómo el triángulo virtuoso que forman la división del trabajo, el intercambio y la especialización nos permite una vida en común próspera, y cómo la competencia nos permite liberarnos de los peores abusos en el mercado. Sobre el entramado social recae el Gobierno, cuya función es la de crear y hacer respetar las normas que favorecen esa cooperación social.

Pero, habitualmente, el Gobierno sustituye los proyectos personales de la gente por los suyos propios y los impone a la sociedad. Ahí decae la libertad económica. Y llevarlo a cabo exige un órgano con un poder creciente y una voluntad que se independice de las preferencias de la sociedad, si es que quiere imponerle las propias. Ahí decae la libertad política. Deberían leerle quienes hoy vuelven a abanderar un imposible socialismo democrático.

También deberían leerlo quienes tienen unas ideas demasiado estereotipadas sobre la inmigración: «No puedes tener libre inmigración y estado del bienestar a un mismo tiempo», afirmaba Friedman. El estado del bienestar atrae a ciudadanos de fuera, que pueden beneficiarse de él en alguna medida, sin hacer aportaciones significativas al sistema. Las ayudas sustituyen al trabajo como método de integración. Pero es un método desastroso. El trabajo o el emprendimiento supone no sólo supone hacer aportaciones a la sociedad en la que vives, sino también establecer vínculos de interdependencia que refuerzan la cohesión social. Cobrar del Estado no te obliga a tratar con los nacionales. El Estado rompe la sociedad. Dificulta que se formen los lazos de dependencia mutua voluntaria que nos permiten convivir en paz.

Marine Le Pen, esa friedmanita, ha resuelto la disyuntiva proponiendo fortalecer el estado del bienestar que está llevando a los franceses a la ruina, como argumento contra la inmigración. Es un interesante giro de guion.

Pero Milton Friedman es, ante todo, un economista. Hoy, cuando se cumplen 20 años de su muerte, no podemos conmemorar su figura sin recoger sus aportaciones a la teoría económica. John M. Keynes ha tenido dos grandes críticos en el siglo XX: Milton Friedman y Friedrich A. Hayek, este último acompañado por Ludwig von Mises.

Pero mientras los austríacos ofrecieron una concepción muy distinta, no solo a Keynes, sino también a todo Cambridge y a lo que se ha impuesto como mainstream, Friedman hizo de caballo de Troya. «En un sentido, todos somos ahora keynesianos; en otro sentido, nadie es ya keynesiano», le dijo a la revista Time. La Escuela de Chicago, a la que pertenece Friedman, tenía ya varios elementos keynesianos antes de que Keynes hiciera añicos la teoría de los años 30 con su Teoría General. Pero lo interesante de Friedman y otros economistas como él es que aceptaron el instrumental teórico keynesiano («todos somos ahora keynesianos»), para destrozar su modelo («nadie es ya keynesiano»).

El éxito de Keynes, apabullante, se entiende con cierta facilidad. En Gran Bretaña se producía desde los años 20 un fenómeno inédito al que la teoría económica no daba respuesta: el desempleo crónico. Keynes cogió el instrumental de Alfred Marshall, lo deconstruyó y lo volvió a formar con una estructura irreconocible. Y dijo que aquel invento, contrario a lo que habían enseñado muchos economistas, y difícil de entender, daba como resultado un equilibrio económico con desempleo. ¡Justo lo que todo el mundo buscaba entender! Los viejos economistas lo observaron con una mezcla de extrañeza y desconfianza. Los jóvenes, con el ánimo de haber encontrado un nuevo mesías y la esperanza de convertirse en sus apóstoles.

Paul Samuelson lo expresó en unos términos menos brillantes, pero seguramente más precisos: «La Teoría General atrapó a la mayoría de los economistas menores de 35 años con la virulencia inesperada de una enfermedad que ataca y diezma por primera vez a una tribu aislada de isleños de los mares del Sur. Los economistas mayores de 50 resultaron ser bastante inmunes a la dolencia. Con el tiempo, la mayoría de los que estaban en medio empezaron a tener fiebre, a menudo sin saberlo o sin admitirlo».

Milton Friedman ofreció la cura. Reconstruyó parte del edificio marshalliano, recuperó la racionalidad de los agentes y del sistema de precios, restituyó la teoría cuantitativa del dinero, y ofreció una teoría alternativa. En los años 70, cuando inflación y desempleo iban de la mano, el curso de la historia pareció desmentir a Keynes y confirmar a Friedman. Luego, el mismo capricho de la historia acabó desmintiendo al propio Friedman, pero esa es materia para otro artículo. Por cierto, según contó posteriormente Milton Friedman, la Comisión Gates fue la última ocasión en la que se le oyó pronunciar al general Westmoreland la palabra «mercenario».